

## POR UNA MADRASTRA.

Sorprendióme la noche cierta ocasion en uno de los mas lejanos y solitarios sitios de la ciudad de Mérida. Inesperadamente, el cielo, antes sereno y hermoso, cubrióse de negros nubarrones, y una copiosa lluvia comenzó á caer. Para guarecerme de ella, llamé á una de las puertas de una casa en cuya sala habia luz, segun pude comprender por algunos rayos de ella que se divisaban á causa del mal estado en que se encontraban aquellas puertas.—Un instante despues, ha-

biendo recibido la hospitalidad mas bondadosa y franca, hospitalidad característica del pueblo yucateco, me hallaba yo en una modesta sala, frente á una señora hermosa y pálida, en cuyos ojos hundidos parecia traslucirse un pesar profundo, y cuyo semblante todo revelaba que era una de esas víctimas desgraciadas en quienes parece que la mano del destino se empeña en grabar su huella.

Aquella fisonomía no me era desconocida. Yo recordaba haber visto en otra ocasion á la hermosa, frente á la cual me hallaba.

La lluvia caia á torrentes; y, léjos como me encontraba del centro de la ciudad, imposible era conseguir un carruaje que me condujese á mi habitacion.

—Las calles han de estar inundadas, señor, y tan oscura y fea como está la noche, una imprudencia seria que vd. intentase marchar á su casa; me dijo con un acento verdaderamente simpático aquella señora, frenando mi resolucion de dejar su hospitalaria casa.

—Afortunadamente, repúsele, no hay aún en nuestro Estado esa infame plaga de ladrones que hay en otros; así, pues, no abrigo temor alguno.

—Es verdad; pero, ponga vd. atencion y oirá cómo cae la lluvia á torrentes; y yo, con harto sentimiento, me veo privada de poder ofrecer á vd. un abrigo ó un paraguas.

En efecto, diluviaba, y preciso era resignarse. Además, la bondad con que aquella señora me invitaba á permanecer bajo su techo, me decidió á tomar esa resolucion.

Yo, lector amigo, no sé por qué desde el instante mismo en que veo un semblante pálido y unos ojos lánguidos, me imagino una historia de amor, llena de interés y de encanto, que despierta en mí el deseo de saberla hasta en sus mas minuciosos detalles. Y es lo mas notable, que rara vez me equivoco, y muy contadas serán las ocasiones en que, por el temor de aparecer indiscreto, me hubiese retraido de poner los medios para conocer la historia que he creido hallar. La noche de que te hablo me proporcionó una

CAPILLA ALFONSO

oportunidad favorable para saciar mi curiosidad, y la imperfecta narración que voy á hacerte, es el fruto de la velada forzosa que la lluvia me obligó á tener en la modesta habitación de una persona con quien hasta entonces jamás había hablado.

Vivia en Campeche, allá por el año de 1840, un señor llamado don Camilo Contreras, considerado de todos, no por poseer grandes talentos, sino por ser uno de los más ricos propietarios de la ciudad.

Don Camilo era viudo. Toda su familia se reducía á una bellísima hija suya, que entonces contaba apenas dos años, llamada Laura, y algunos sirvientes.

Un día ocurrióse al buen viejo, que ya lo era, volver á contraer matrimonio, pues según su opinión, el hombre ha nacido para vivir siempre en compañía de una mujer. La viudez le había causado ya, y decidióse á emprender la no difícil tarea para él, puesto que era rico, de alcanzar la mano de una mujer, joven por supuesto, pues nunca los

viejos dejan de ser aficionados á los contrastes.

Margarita\*\*\* era una linda muchacha, y don Camilo, amigo de la familia de la joven, fijóse en ella.

Margarita tenía novio, y esto no era un secreto para don Camilo; pero él sabía que el amante era pobre, la dama afectada á lucir, y sus padres interesados hasta lo sumo en hallar un *buen partido* para su hija.

Don Camilo no se equivocó al pensar que Margarita aceptaría su mano.

Para dar á conocer el carácter de Margarita, basta escuchar la escena siguiente que tuvo lugar al despedir á su novio para contraer el enlace solicitado por don Camilo.

—Margarita, tú me has vendido; sé que te vas á casar.

—Mis padres así lo han dispuesto.

—Pero, tú ¿no tienes voluntad propia?

—Conozco que este enlace me conviene.

—¿Y mi amor, Margarita, y mi amor?

—Hay situaciones, Fernando mío, en que el amor debe dejarse á un lado. El interés.

ó mas bien, la conveniencia, tiene que prevalecer sobre todas las cosas.

—¡Margarita!

—No te epojes; hasta á tí te conviene.

—No te comprendo.

—Escúctame, y me darás la razon. Para casarte conmigo, Fernando, eres jóven, muy jóven; tu familia no habia de aprobar esta union; tú eres pobre, y yo tambien lo soy. Tú te sacrificarías por mí y yo por tí; de este mútuo sacrificio solo resultaria para ambos la miseria, el trabajo. Casándome yo con don Camilo, nada de eso sucede. Don Camilo es verdad que no puede halagar mi fantasía de jóven; pero en cambio, este viejo tiene bastante dinero; no solo no tendré que trabajar, sino que ni aun cuidaré de mis hijos. Por estas palabras, sinceras como nunca las habrá escuchado de otra, crearás mucho malo de mí, y aún de todas las mujeres; pero sin razon, porque al casarme no soy ingrata para contigo; conozco que nadie podrá amarme tanto como tú; sé tambien que si don Camilo se casa conmigo, es no porque

me ame, sino porque tiene la costumbre de ser casado, y quiere una madre para su hija Laura. Acepto este enlace, porque mis padres me han pintado el mundo tal cual es, y he comprendido que el amor, por grande que sea, no puede hacernos olvidar que ante todo se necesita oro para vivir en el mundo. Sí, Fernando, si me amas, no te enojas, y conven en que no hay término medio en estos casos. La razon es mia, porque la razon es el dinero, y sin dinero no hay felicidad; y puesto que me amas, no has de tener otro anhelo que verme feliz y no condenarme al trabajo y la miseria. Querer vivir en el mundo angelicamente, cuando el mundo no es un cielo, es, Fernando, una ilusion hermosa, es verdad, pero que tarde ó temprano tiene que desvanecerse. La pobreza es causa de la deshonra muchas veces, y la mujer deshonrada y pobre tiene que morir en la miseria, despreciada, olvidada de todos. Si la mujer es rica, entonces es otra cosa; el oro todo lo cubre; ni las mas grandes faltas dejan de barnizarse y perder todo su horrible color. El

espíritu de la sociedad es ese, y no seremos nosotros seguramente los que podamos hacerlo variar. Fernando, yo te amo y te amaré siempre..... pero tengo..... debo casarme con don Camilo.

Figuráos cómo quedó el alma de aquel joven, que entrando al mundo todavía lleno de fe, de ilusión y de esperanza, no había soñado que la mujer que despertara los latidos de su corazón, había rasgado la venda que encubre á los ojos de los hombre todas las llagas del cuerpo social.

Don Camilo se casó, pues, con Margarita.

Al tomar posesion de su nueva casa, Margarita consiguió lo que consigue siempre la segunda mujer de un viudo, es decir, dominar al marido sin tener los méritos de la primera. El hombre de años que se casa con una mujer joven y hermosa, hombre á quien se acepta sin consultar al corazón, y siguiendo las inspiraciones de las almas gastadas por el interés, tiene que resignarse casi inevitablemente á ser tutorado, por decirlo así, á abdicar de su voluntad en el hogar, y á

ser ante la sociedad un objeto de irrisión y de sarcasmo. Sin embargo de ser esto una verdad que nadie ignora, muchos la olvidan por su mal.

Pero volvamos á Laura.

Laura, la pobre Laura, no mejoró de condicion con el casamiento de su padre; antes al contrario.

Estaba confiada al cuidado exclusivo de su nodriza.

Una pobre mujer del pueblo, cuyo hijo habia muerto á poco de haber visto la luz, concentraba en ella todo su amor de madre, su vida misma; la prodigaba las mas tiernas caricias, y velaba su sueño con amante solícitud.

Laura amaba á su nodriza; como que veia en ella una madre. ¡Aquella inocente niña no estaba en edad de comprender todo lo horrible de su infortunio! Ignoraba que era huérfana.

Margarita no tuvo nunca una caricia, un beso de ternura; pero ni aun una mirada de compasion para la pobre Laura.

Pasaron así cuatro años.

El cielo, queriendo impedir que una nueva cadena de crímenes se eslabonase, negó á la madrastra de Laura los goces maternales, y como su alma no conocia la sublimidad de esos goces, acaso los únicos puros, los únicos que no dejan una huella de dolor en la vida; como aquella mujer no queria sino envuelta en el misterio dar rienda suelta á sus desordenadas pasiones, vivia así satisfecha.

Excusado parece decir que Margarita aun *amaba* á Fernando. La sociedad entera lo sabia, menos el bueno de don Camilo.

Laura hubiera podido suplir la falta de un hijo en el corazón de Margarita; pero aquella mujer ni comprendia hasta dónde es grande ese amor y cuánta dulzura encierra, ni podia aceptar esa misión sublime.

El amor de madre lo purifica y engrandece todo; y al llevar ese nombre, al hallarse en el mundo con esa misión de guardar la honra propia, para guardar al mismo tiempo la de los hijos, la mujer tiene que evitar hasta

la menor ocasión que pueda empañar el brillo de ese nombre purísimo; pero Margarita se habia propuesto seguir el espíritu del siglo que se rie de esas *preocupaciones*.

Entretanto, el afecto de Laura á su nodriza crecia cada vez mas; mientras que parecia, por el contrario, que habia en su naturaleza algo que le hacia mirar con repulsión á su madrastra.

La pobre hija del pueblo no podia ir encaminando á la inocente Laura.

Aquella buena mujer no tenia ideas que ir sembrando en aquel corazón confiado del todo á ella.

Laura, como hemos indicado, detestaba á su madrastra; y esta, por orgullo, al ver preferida á otra, se sentia herida.

Así fueron pasando los días, hasta que llegó uno en que Laura cumplió ocho años. A esa edad nadie habia puesto en sus manos un libro para conocer las letras. Laura no sabia sino las oraciones que su nodriza le enseñaba á la hora de dormir.

Aquella planta, sin cultivo alguno, entre-

gada á la naturaleza, no podía crecer del todo erguida.

Una mañana, Margarita la reprendió con tanta ó mas severidad que de costumbre, por haberla sorprendido jugando con un objeto que adornaba la consola de su habitacion, y Laura, llena de ira, imprimió en una de las mejillas de su madrastra su linda mano.

Aquel hubiera sido tal vez el último dia de su existencia, pues tal era la furia de Margarita, si don Camilo no hubiese entrado á tiempo á la habitacion.

—Camilo, dijo Margarita al entrar éste: ó esa niña sale de esta casa, ó yo.

—Reflexiona Margarita, que.....

—Nada escucho: ó sale ella, ó yo; no hay medio.

—Saldrá, pues, saldrá.

Ya hemos dicho que Margarita dominaba á su marido.

Aquella misma tarde, Laura, arrancada del lado de su fiel nodriza, era entregada á una familia del todo extraña á ella, para ser educada.

A poco falleció don Camilo, víctima de un ataque cerebral que le acometió al saber el miserable papel que habia estado representando desde el dia de su matrimonio.

Laura estaba ya sola en el mundo.

Laura era rica; su madre le habia dejado al morir todos sus bienes, y sin embargo, Laura carecia de todo, pues el hombre encargado de la administracion de su herencia era un avaro.

A medida que los años avanzaban, Laura era cada vez mas hermosa: tenia brillantes ojos negros, sonrisa seductora, y sobre todo, una gracia y simpatía atrayentes. Pero aquella hermosa niña era un diamante sin pulir: nadie se habia cuidado de su alma, en la que existia un fondo innato de coquetismo. Laura sonreía á todos, sin amar á ninguno.

Pasaron así algunos años.

Diez y nueve veces habia despojado el invierno al campo de sus galas, y Laura no habia amado aún con ese amor grande, sublime, cuyo fuego forma el encanto de la existencia.

Laura no había amado, ó lo que es lo mismo, ignoraba cuánto es dulce esa union íntima de dos almas que llegan á formar una sola, que embellece la vida, y que hace soñar con el cielo.

Laura no sabía que el corazón se halla en el mundo cual en un horrible desierto, mientras no halla otro corazón cuyos latidos correspondan á los suyos.

Para ella no había sonado aquella hora que nos despierta á una nueva vida de misterioso é inefable encanto, preludio magnífico de esa armonía, celestial del hogar, de ese poema divino que llamamos la felicidad.

Así pasaba la existencia de la encantadora Laura, cuando un joven llamado Eduardo, hijo de una de las principales familias de Campeche, comenzó á hacerla comprender que la amaba.

Eduardo fundaba su orgullo en ser reputado por el *pollo* mas *calavera* de la ciudad. Era uno de esos jóvenes insustanciales, que si bien es cierto que saben escoger una corbata no por eso pueden halagar con su tra-

to á una persona de inteligencia superior. Eduardo sabía bailar con perfeccion una *habanera*; pero en cambio ignoraba hasta las mas vulgares nociones científicas y literarias.

Enamoró á Laura, ó mas bien, la hizo creer que la amaba. La verdad en este caso es, que sabía él que la joven era una rica heredera, y resolvió hacer la *calaverada* de casarse con ella.

No había ningún rival temible.

Los que formaban el círculo de adoradores de aquella beldad, eran solo volubles mariposas que revoloteaban en torno de esa flor, atraídas por su encanto, y huían despues.

Eduardo se persuadió un dia de que no debía conservar la menor esperanza de engrandecimiento procedente de su familia, y propuso á Laura unirse á ella.

La pobre joven no sentía latir su corazón por Eduardo, pero quería salir de la condicion odiosa en que vivía, á pesar de sus ri-



quezas; anhelaba ser *mujer libre*, y aceptó el enlace que la proponían.

No sin tener que vencer grandes dificultades, suscitadas por el viejo avaro, casáronse Laura y Eduardo.

Pero se casaron por necesidad.

El uno anhelaba riquezas para dilapidarlas en sus *calaveradas*, y la otra ser *mujer libre*.

Ninguno de los dos sentía ese amor del alma que forma una cadena de flores para unir los corazones, que identifica dos voluntades, y sin el cual el hogar, que debe ser un santuario, es un espantoso caos, un infierno.

El alma necesita amar, necesita ser comprendida, y sin esto no hay felicidad posible.

Aun cuando la materia se hubiese saciado, el alma suele quedar vírgen. Entonces sí llega á despertarse el amor, el verdadero amor del alma que decide el porvenir de los hombres, y este amor lo inspira otro sér que no es el mismo á cuya existencia se halla ligada; se padecen los tormentos mas crueles

de la vida: entonces el amor es desesperante, horrible, y conduce las mas de las ocasiones á un abismo insondable. Las leyes en que la sociedad tiene sus cimientos aparecen como un yugo ominoso, como una tortura impuesta al sér que siente y piensa, que á la manera de una ave aprisionada que sintiéndose con alas no puede volar, se despedaza en su desesperacion, contra las rejas que la detienen. Por éso nadie debe unirse á otro sér á quien no esté ligado con el pensamiento, con el alma; porque de aquí se originan todos esos horribles dramas domésticos que *divierten* á una parte de la sociedad, y escandalizan á la otra.

Se necesita una moral muy rígida, una virtud muy grande, cosas que no se adquieren en un solo día por deber, sino que se reciben gota á gota, por decirlo así, para no precipitarse en el abismo del crimen; y no hay nada que pueda compararse á la existencia miserable de dos séres que pudieran muy bien dirigirse estas palabras alguna vez: "Mi alma no te pertenece, porque no cuidaste de

sondearla antes; toma mis bienes, toma mi trabajo, pero no me pidas amor, porque el amor no se consagra por deber; el amor es espontáneo, libre, heroico, invencible.”

Conozco que me he desviado de mi narracion; mis lectores me harán favor de perdonarme, y continuaré refiriendo la historia de Laura, que de sus mismos labios escuché.

Cuál seria la poesía de ese hogar, cuál el encanto de aquella union verificada bajo los auspicios dados ya á conocer, no es difícil en manera alguna comprenderlo. No quiero descorrer el velo que cubre esos cuadros domésticos, tan seductores, tan hermosos cuando el amor ilumina con su luz celestial el hogar, y tan frios; tan materiales y groseros cuando solo el interés ó el capricho han formado esa sociedad que se llama la familia.

Así vivian Laura y Eduardo.

Ella viendo que sus bienes eran dilapidados, sin consideracion alguna, en bacanales y en el juego; él apurando hasta las heces el cáliz del placer, que apenas habia podido lle-

var á sus labios, de soltero, porque sus recursos eran harto estrechos.

Un dia, aun no hacia un año que Eduardo y Laura eran esposos, presentóse el primero acompañado de un amigo, desconocido de Laura.

—Mi amigo Leopoldo, á quien tengo el gusto de presentarte, dijo Eduardo, es un jóven de Mérida que acaba de llegar de aquella ciudad y que permanecerá en ésta durante algunos meses. Cuando yo visité á Mérida debí muchas atenciones á su familia, en cuya casa viví; y hoy, deseando retribuir aquellas consideraciones, le he rogado honre la nuestra. Leopoldo, pues, será hoy un nuevo miembro de nuestra familia. Así lo deseo.

En efecto, Leopoldo quedó instalado en la casa.

Eduardo tenia en aquel momento que concurrir á una cita en el barrio de Santa Ana, y suplicó á su amigo le disimulase.

Laura y Leopoldo quedaron solos, frente á frente, por primera vez en la vida.